Héctor J. Castro

Peones & Damas

CORONA

PRÓLOGO

Año de 1566

Una bala de cañón impactó contra el costado de la nave española haciendo volar astillas por todas partes. Los turcos se acercaban veloces, prestos a dar abordaje a la más mínima oportunidad. Medio centenar de corsarios, entre ellos una docena de temibles jenízaros, se juntaban en la borda disparando arcos y arcabuces con mortífera precisión, descarga tras descarga.

Al comienzo del combate, desde el cielo gris plomizo había empezado a caer un aguacero que empapaba las cubiertas y a los hombres, una tormenta de verano que hacía rugir truenos lejanos en el horizonte y cuyos relámpagos iluminaban el anochecer como una salva de artillería.

Unas horas antes, aquel bergantín español estaba navegando ligero y a buen ritmo hacia el puerto de Cartagena, portando un valeroso cargamento en sus entrañas. Entonces dos galeras corsarias, habiéndose ocultado al amparo de la densa niebla que cubría la boca de la bahía, lo atacaron con rapidez y determinación, como si hubieran olido el botín que saciaría su hambre. El escaso viento y la mala fortuna de aquella tarde habían propiciado el acercamiento de los corsarios, que tras disparar varias veces sus cañones de crujía estaban lanzando

los garfios de abordaje, preparados para arrasar y saquear la nave cristiana.

Pese a tener sólo dos piezas gruesas y algunos pedreros, los artilleros españoles desarbolaron una de las naves enemigas al acertarle dos tiros muy bien dirigidos al palo, el cual tenía toda la vela arriba cuando, estropeado por los cañonazos, se rompió como una rama seca en un golpe de viento. El mástil se derrumbó con mucho estruendo de madera quebrada encima de la nave cristiana, enredándola con el gallardete, las velas y la jarcia rota. Los otomanos, aprovechando que la galera y el bergantín estaban trabados se lanzaron como fieras al abordaje, subiendo por cabos y cuerdas con los cuchillos entre los dientes.

Los pocos soldados que escoltaban el barco español—pues no era una galera de combate—se defendían con extremo vigor, arcabuceando al enemigo, cortando los cabos y atacando con medias picas y alabardas a los turcos que escalaban. Intentaban retrasar el abordaje todo lo posible, si bien ya se habían percatado de la superioridad numérica de los adversarios. Sabían que no habría piedad por parte de los otomanos, así que peleaban como troyanos defendiendo la cubierta anegada de enemigos, resistiendo hasta el último hombre.

Tras varios intentos, los corsarios consiguieron poner pie en el castillo de proa, y aunque fueron recibidos con varios arcabuzazos que dieron con media docena de turcos en el suelo, éstos hicieron retroceder a los defensores. La cubierta se convirtió en un sangriento campo de batalla con turcos y cristianos acometiéndose y acuchillándose por todas partes.

Los jenízaros, armados con hachas y alfanjes, llegaron como una avalancha hasta la carroza, descuartizando en brutal carnicería a todo soldado que se interponía en su camino. Muchos marineros intentaban huir de la despiadada matanza arrojándose al mar, quedando a merced de las olas y buscando algún madero al que aferrarse. Los heridos que no tenían fuerzas para mantenerse a flote se hundían irremediablemente dejando una estela roja en el agua.

—Por aquí, mi señora.

Don Luis cogió a la joven noble por el brazo y la condujo por una estrecha escala de madera hacia la bodega del barco. La joven se llamaba María Quintana y la acompañaban varias sirvientas. Todas lloraban espantadas por el terrible sonido del combate y los gritos que venían desde cubierta. Don Luis del Águila era un caballero castellano al servicio de la familia Quintana. Ya sobrepasaba los cincuenta años pero aún era vigoroso y de anchos hombros. Sabía que la lucha estaba perdida y en último y desesperado recurso intentaba esconder a las mujeres. Que los turcos no las encontrasen sería un auténtico milagro. La única manera que tenían de salvarse era que otro barco cristiano asaltara a su vez a los corsarios antes de que llegaran a puerto. Había que ganar tiempo. Sólo esperaba no desfallecer, pues había recibido un balazo de un arcabuz turco y su abollada coraza, cuyo peso ya le parecía casi insoportable, le dificultaba la respiración. Entraron en la bodega y don Luis atrancó la puerta con unos tablones, desató unos cajones que estaban anclados al suelo y bloqueó cuanto pudo la entrada.

—Mi señora, debéis esconderos. Cuando ellos entren no hagáis ningún ruido. Juro por Dios que mientras me queden fuerzas esos bárbaros no os pondrán las manos encima—En ese momento se escuchó un vocerío y unos violentos golpes en la puerta—. Debéis apresuraros, yo trataré de detenerlos.

La aterrorizada joven y sus sirvientas se escondieron tras un montón de sábanas y trozos de velamen en un rincón oscuro, cubiertos sus rostros en lágrimas y abrazándose unas a otras. Los golpes en la puerta se hicieron cada vez más fuertes y algunas cabezas de hacha asomaban entre la madera astillada. Don Luis se incorporó, se enjugó el sudor que le empapaba la cara y se plantó firme ante la puerta, espada en alto. El disparo recibido en el brazo izquierdo no dejaba de sangrar y varios hilillos rojos caían desde sus dedos al suelo entablado. La puerta al fin cedió, y por entre las tablas astilladas y los cajones rotos a hachazos entraron varios turcos con el torso desnudo y las armas tintas en sangre.

Don Luis los esperó desafiante, dispuesto a vender cara su curtida piel de veterano.

PRIMERA PARTE

I

Martín de la Vega era soldado del rey de España, como lo había sido su padre bajo los estandartes del emperador Carlos V. Se alistó muy joven en una compañía de infantes que se había levantado para acudir a la guerra contra el francés, y embarcó en Cartagena rumbo a las templadas brisas de Nápoles. Luego viajó por tierra hasta Lombardía, cruzó los Alpes y llegó a Luxemburgo, donde su compañía se unió a las tropas de Manuel Filiberto de Saboya.

Pese a lo brioso y a las veces díscolo que su corta edad le hacía ser, pronto destacó ante los ojos de sus oficiales al demostrar en numerosas ocasiones cualidades como sangre fría, disciplina y un valor que rozaba la temeridad, labrándose con su acero una buena reputación entre los camaradas.

Después de varias campañas muchos soldados volvieron adinerados a Italia. Martín fue uno de ellos, y se arrojó sin empacho a las múltiples delicias que aquella tierra ofrecía a los holgados de bolsa, gastándoselo todo en festines milaneses y en bellezas napolitanas, metiendo mano en todo lance arriscado y mujer hermosa que Dios le ponía en su camino. Nada podía reprochársele, pues la mayoría de los soldados jóvenes hacían lo mismo, atraídos por aquella tierra extranjera y rica de la que los españoles eran dueños. Para ellos, Italia era como un generoso paraíso bañado por el sol.

Poco más tarde, tras la batalla de Gelves contra el Turco, que resultó penosa jornada para las armas católicas y donde a punto estuvo de dejar la piel, Martín regresó a España, donde vivió entre Sevilla y Madrid, dedicándose a alquilar su espada para turbios negocios de a tanto la estocada. No tardó en tener problemas con la justicia, así que decidió sentar plaza de nuevo en la escuadra de galeras de Nápoles para luchar contra la amenaza turca, la cual había crecido tras una serie de victorias obtenidas por el temible corsario Dragut sobre las armadas cristianas.

El poderoso rey Felipe II, paladín de la causa católica por encima de todo —incluso por encima del Papa de Roma, que empleaba más fondos para su beneficio que en proporcionar apoyo a quienes defendían la religión con uñas y dientes—, había heredado de su padre la titánica guerra contra el Turco, que junto a la corona de Castilla y Aragón era la potencia más grande del mundo, embarcándose en una contienda que duraría casi doscientos años, interrumpida sólo por cortas treguas, y cuyo campo de batalla principal eran las aguas del Mediterráneo.

La casa de Habsburgo, contando con sus vastas posesiones y con el oro y la plata llegados de las Indias, gastaba hasta el último maravedí en luchar a brazo partido contra todos sus enemigos, que no eran pocos, pues además de la abierta hostilidad de mahometanos, franceses, venecianos, holandeses y alemanes protestantes, ahora la mala relación entre la corte española y la Inglaterra isabelina amenazaba un nuevo frente, y claro, aunque era el español un imperio enorme y

temible, era uno contra todos.

Aquella mañana de septiembre, Martín se despertó con el bullicio de las gaviotas y el traquetear del viento azotando el velamen. Apartó la manta mojada por el relente nocturno y se puso en pie, se abotonó la camisa y, haciendo cuenco con las manos, cogió agua de una tinaja y se lavó el rostro, espabilándose. Las gotas resbalaron por su cara sin afeitar, que tenía bellas facciones, aunque del ojo izquierdo bajaba hasta la mitad de la mejilla una delgada cicatriz. Tenía una nariz recta y labios finos que solía torcer de lado en una media sonrisa cuando algo le divertía. Su ceño, que por manía o costumbre casi siempre mantenía fruncido, le daba profundidad a su mirada, como si estuviese atento a todo. Se mojó también el pelo castaño y revuelto y se lo echó hacia atrás, despejando la frente surcada por unos débiles trazos.

Caminó por la crujía entre los marineros y soldados que ya abarrotaban la galera y se acercó a proa, donde se encontraba el capitán don Ricardo Villalobos apoyado en la cureña de la moyana, con la camisa blanca que ya era gris abierta hasta el pecho, donde brillaba un escapulario de la Virgen del Carmen, el ancho bonete ladeado haciéndole sombra en la cara y los ojos fijos en el horizonte, en las siluetas que dibujaban las torres del puerto de Corona.

La galera española volvía a Italia después de combatir al corso berberisco en la ría de Tetuán. Las naves capturadas habían sido más bien pocas —apenas alguna fusta enemiga— y el botín escaso.

Eran tiempos aciagos para los españoles en el Mediterráneo.

Mientras los tercios de los Austrias se habían convertido en los dueños de los campos de batalla en Europa, en las aguas del *Mare Nostrum* cada vez era más difícil contener a la ingente cantidad de corsarios otomanos y piratas berberiscos que asolaban las costas. El Gran Turco contaba con recursos casi ilimitados y sus marinos eran los mejores de la época.

La alianza entre el Papa y los reinos cristianos había sido disuelta tras el socorro de Malta, así que muchas galeras —la de Martín entre ellas— tenían la orden de desembarcar a sus soldados en Génova, pues se decía los necesitaban para una nueva campaña en Flandes, ya que las tensiones con los rebeldes holandeses eran cada vez más acusadas.

El cielo estaba algo nublado aunque la temperatura era agradable. Los soldados desayunaban recostados en sus ballesteras mientras los galeotes remaban a buen ritmo, bajo las órdenes y latigazos del cómitre, bañadas sus espaldas en sudor, metiendo la galera en la bahía.

—En media hora pisaremos tierra —dijo el capitán Villalobos entre dos bocados de un mendrugo de pan.

—No sé si podré esperar tanto, me muero por vino de calidad. Ese ruin aguachirle que hay a bordo haría vomitar hasta a los presos de San Jorge.

Comentaba aquello el jovial Afonso Duarte de Amorín, caporal de la galera, mientras saludaba con la cabeza al recién llegado Martín, quien se sentó a su lado quitándose las legañas.

Afonso debía de rondar los treinta y pocos y era corpulento, con el pelo escaso muy rapado y barba cerrada. Le

apodaban *el portugués* por razones obvias. Soldado profesional hasta la médula y buen amigo de Martín, pues servían juntos desde hacía años.

El portugués siempre estaba de buen humor, incluso en los malos trances de la guerra o la miseria, en vivo contraste con su amigo que parecía más un gato callejero: flaco, rápido y peligroso, un punto arrogante, altanero y muy orgulloso, siempre dispuesto a enzarzarse a estocadas con cualquiera.

Eran casi como hermanos desde que tiempo atrás, en aquel desastre de Gelves, cuando la infantería de la liga cristiana fue rodeada y casi masacrada en la playa por un ejército turco, Afonso y Martín, que hasta ese día eran desconocidos, pelearon hombro con hombro por sus vidas, cubiertos de sangre propia y ajena, hasta alcanzar la galera que funcionaba como improvisado hospital de campaña, escapando del infierno de milagro. Así sus destinos habían quedado unidos, viajando juntos a donde la milicia les llevaba, cuidándose el uno al otro.

—¡Prepárense para amarrar en el puerto! —tronaba la voz del capitán Villalobos por toda la cubierta.

La galera hervía de actividad. La gente de mar recogía el velamen del palo mayor y el trinquete, y los pajes apagaban los hornillos del desayuno. Los soldados guardaban apresurados sus bártulos y se amontonaban contra la borda, mirando alegres a la ciudad que aparecía cada vez más nítida ante ellos.

La escala en el puerto de Corona era obligatoria. El mal tiempo había estropeado la lona de las velas y necesitaban reparaciones. Los víveres a bordo eran ya escasos y los arcabuceros

necesitaban renovar pólvora y municiones. Además el capitán Villalobos llevaba unos documentos que debía entregar en la embajada española de la ciudad y, de paso, permitir a la tropa refrescarse con un par de días de visita tabernaria después de dos semanas sin pisar tierra firme.

—Capitán, ¿cuántos días tendremos francos de servicio antes de partir de nuevo? —preguntó el portugués frotándose las manos, mirando sonriente a sus camaradas.

Hablaba con ese peculiar seseo y la entonación casi musical que caracterizaba a los gallegos y portugueses. A Martín siempre le había parecido muy curiosa la manera de hablar de su amigo, pues utilizaba el castellano mezclado con raras expresiones de su lengua natal y otras muchas aprendidas durante sus años de vida en la frontera y de convivencia con soldados de otras regiones.

—En principio dos —contestó el capitán—. Nos aprovisionaremos de todo lo necesario y continuaremos hasta el puerto genovés. Espero que vuestras mercedes se comporten como es debido y no me dejen quedar mal. Nada de pendencias ni duelos. La desobediencia será castigada con azotes a usanza de galera.

Tras decir la última palabra, los ojos de Ricardo Villalobos se demoraron un instante en los de Martín, quien asintió con un leve gesto de cabeza, algo picado, desviando después la mirada hacia las ondulaciones del mar. Dicho por otra persona quizá Martín se lo hubiese tomado peor, pues no solía dejar que opinasen sobre su conducta a la ligera, pero sabía que el capitán no lo decía con mala intención, además el comentario

no había sido directamente hacia él. Más valía prevenir que curar, y lo único que pretendía su oficial era evitar que alguno de sus hombres terminase muerto en una pelea de callejón.

Corona era una ciudad portuaria situada al noroeste de Italia, con un puerto comercial que durante cualquier estación del año estaba rebosante de actividad: talleres, tabernas, tiendas de comida, armas, telas… Gente de toda clase y condición como mercaderes, vendedores, pícaros, mendicantes y fulanas atestaban los soportales del puerto, cuyos callejones guardaban figones, mancebías y garitos de la peor calaña.

La ciudad estaba regida por el duque Luguerio Riolffini, más mercader que político, quien conseguía riquezas gracias a su siempre transitado puerto y a las rentas de su poderosa familia; sin hablar de una red de contrabandistas que actuaban pagados por él, comerciando con cualquiera que tuviese una oferta interesante.

Luguerio Riolffini, como muchos otros tiránicos príncipes italianos, conseguía por la fuerza lo que no podía conseguir con negociaciones gracias a su ejército privado de mercenarios, que silenciaba a cualquiera que amenazase el puesto de la familia Riolffini en el palacio ducal. En aquella turbulenta Italia del siglo XVI las intrigas, alianzas y traiciones estaban a la orden del día, cada región, cada capital, tenía sus leyes y formas de ejercer el poder. La Europa cristiana comprendía poderes políticos muy distintos y casi siempre enemigos.

La familia Riolffini destacaba en ese juego por su buen ojo a la hora de decantarse por el bando vencedor. Mientras que otras familias pequeñas habían desaparecido bajo el empuje

de otras más grandes e influyentes como los Médici o Sforza primero, y los Gonzaga o Farnesio después, los Riolffini habían conseguido prosperar y hacerse incluso más poderosos.

La galera avanzaba levantando surcos de espuma blanca con su afilada proa. Se acercaba lentamente al puerto atestado de barcos de todos los tamaños, desde pequeñas barcas pesqueras a grandes galeones comerciales, cuyas jarcias sobresalían hacia arriba formando un entramado de palos y cuerdas.

La ciudad se veía ya claramente, con las gruesas torres del castillo, los chapiteles de las iglesias y los tejados de pizarra negra detrás de las murallas, destacando sobre el cielo grisáceo que era surcado por bandadas de pájaros.

Corona no podía rivalizar contra las enormes fortalezas de Milán o los castillos que guarecían Nápoles, que eran la flor y nata de la arquitectura militar, pero aun así estaba razonablemente protegida. Contaba con varios baluartes que apuntaban su artillería hacia la entrada de la bahía y con dos cordones de murallas, uno exterior que defendía el puerto y uno interior, más elevado, que rodeaba la cima de la colina donde se hallaba el palacio ducal.

El muelle era amplio. Numerosos trabajadores cargaban y descargaban mercancías, los pescadores amontonaban sus capturas en cajas de madera y toneles con agujeros para transportarlas al mercado, dejando tras de sí un fuerte olor a pescado que impregnaba el aire. Una legión de vistosas acechonas aguardaba a los marineros recién llegados para ofrecerles sus servicios, pues eran sus mejores clientes. Y de vez en cuando alguna ronda de guardias armados paseaba cerca del espigón

vigilando lo que entraba y salía, haciendo la vista gorda a lo que algunos descargaban sin declarar, siempre después de embolsarse unos cuantos florines. La tolerancia de la justicia se debía a imperativos de orden práctico.

Una vez la nave quedó amarrada en la dársena, el capitán tramitó las formalidades aduaneras y realizó el pago por la utilización del muelle en el edificio del oficial portuario. Se les permitió entonces a los soldados pisar tierra, mochilas y fardos al hombro, y comenzaron a desperdigarse por las empedradas calles del puerto camino de la taberna más próxima. Martín caminaba junto a su amigo Afonso. Iba destocado, con el sombrero colgando a la espalda sujeto al cordel, el coleto de cuero desabrochado y la espada al cinto, casi arrastrando por el suelo la suya el portugués, tal era el espadón que portaba. Iban paseando lentamente entre la gente, disfrutando de la brisa marina, en dirección al puente levadizo y al interior de la ciudad, dispuestos a gastar las primeras monedas de su escaso salario.

Todavía sentían el suelo inseguro bajo sus pies, como si se moviera. Después de varias semanas navegando el cuerpo tardaba un rato en acostumbrarse a la tierra firme.

Tenían esa extraña sensación típica de cuando visitaban una nueva ciudad. Algunas caras o lugares concretos les resultaban familiares, como si ya hubiesen estado allí con anterioridad, en cambio las calles semejaban laberintos que no acababan nunca.

Cruzaron la puerta custodiada por guardias armados con alabardas, internándose así en la atestada zona del mercado. Allí se concentraba una amalgama de mercaderes exponiendo

su género: ricas manufacturas de Florencia, aceros españoles, exóticas especias traídas de la costa turca… Había tiendas, barberías, plateros, pequeños bodegones y numerosos hosteleros que ofrecían vino, licores y comida a los transeúntes. También un tropel de hombres y mujeres harapientos se amontonaba en los soportales, pidiendo limosna.

Por las calles sucias y mal adoquinadas pasaban carromatos cargados con barriles y cajas de verduras, grupos de niños que jugaban, galanes que paseaban junto a sus damas... También rufianes, marineros y desocupados bebían y charlaban a voces en las puertas de las tabernas.

Después de comprar algo de ropa nueva y echar un vistazo por los puestos de los armeros, Martín y Afonso pararon en una taberna a despachar una jarra de vino acompañada por una esportilla de aceitunas y empanada de pescado, apoyados en unos barriles al lado de la puerta, a la sombra de un toldo descolorido por el sol. Era aquél un pequeño figón que desprendía un intenso olor a comida, donde dos hermanas jóvenes, morenas y de buen ver, atendían a sus clientes con suma amabilidad, atrayendo las miradas de todos los parroquianos allí presentes.

Parlaban tranquilamente los dos camaradas viendo la concurrencia, cuando delante de ellos pasaron unos jóvenes caballeros acompañados de sus damas. Iban todos bien vestidos, de calidad, ellas con ropas de seda y umbrelas que les protegían del sol y ellos con sombreros de mucha pluma, jubones negros ajustados, medias con lazos de colores bajo los amplios gregüescos y espadas roperas al cinto. Un judío de anciana edad

se cruzó con el grupo, vestido con una túnica larga y el kipá en la coronilla.

No era raro ver gente judía en Italia. Después de que España los expulsara de la península, muchos judíos se habían refugiado en las ciudades Estado italianas, que debido a la ausencia de un gobierno central que promulgara leyes contra ellos, podían establecerse allí con razonable tranquilidad. Venecia incluso tenía un barrio en el que se aglomeraban los judíos de la ciudad. Muchos de ellos ofrecían sus servicios como prestamistas. Eso había generado odio y rechazo ya que realizaban una actividad que a los cristianos les estaba prohibida y se consideraba pecado: prestar dinero cobrando interés a cambio. Este negocio era de los pocos que se les permitía practicar a los judíos, y a muchos cristianos incluso les interesaba que se dedicasen a ello.

Al pasar a su lado uno de los caballeretes escupió al judío a la cara y comenzó a insultarlo en italiano, levantando mucho la voz y llamando la atención de los que por allí pasaban. El anciano siguió inmutable su camino como si nada fuese con él, ignorando las imprecaciones de aquel joven bravucón que, viendo sus insultos en vano, se acercó a su amigo y ambos se marcharon, muy gallitos, junto a sus damas. Las señoritas, pese a parecer más vulgares que una moneda de cobre, se reían de las gracias de sus acompañantes, tan maleducadas e irrespetuosas como ellos, con ese frío desdén y prepotencia que tienen en los gestos aquellos que mucho tratan de aparentar. Realmente los dos engalanados jóvenes no sabían la suerte que tenían, pues a los españoles, que habían presenciado todo,

no les hubiese importado intervenir en la escena. El anciano judío les importaba una higa, pero hubiera sido un pretexto perfecto para darle una lección a aquellos pisaverdes, y de ser otro día en el que se encontrasen con peor talante habrían invitado a los caballeretes a discutir sobre modales en un callejón apartado y solitario. Quizá no con ánimo de matarlos pero sí de marcarles el cuerpo, preferiblemente la cara, con una imborrable cicatriz que les recordase eternamente su estupidez.

Martín miró a su camarada —que como muchos portugueses podía tener ascendencia judía, aunque nunca se le ocurriría mencionárselo en voz alta— como esperando su opinión sobre el asunto. Afonso, que había notado el gesto, bebió un largo trago, sin respirar, limpiándose después con el dorso de la mano las gotas que habían quedado en su espesa barba.

—Judío o cristiano viejo nadie merece que le escupan en las canas —comentó con aire serio.

—En eso estoy de acuerdo —Martín hizo una pausa, pensativo—. Pero por su condición de anciano, no por la de judío.

—¿Quieres decir que aprobarías el insulto si ese hombre tuviese veinte años menos o qué? —preguntó perspicaz el portugués.

—Sólo digo que no me gustan los judíos, y me alegro de que en España los hayan echado a patadas hace tiempo.

Era verdad, los reyes católicos habían expulsado a los judíos a finales del siglo XV y la implacable Inquisición se dedicaba a perseguir con mano de hierro a todo aquel acusado de

apóstata, judaizante, o que no pudiese probar su limpieza de sangre. Algunas familias conversas —y otras que no lo eran tanto— dormían intranquilas o vivían escondidas por el pavor que les causaba la posible aparición del Santo Oficio ante la puerta de sus casas, para llevarse a sus padres, madres o hijos, dejando su apellido inválido para cargos públicos y denostado por sus propios vecinos. La reconquista y la reciente expulsión habían dejado un poso en la sangre española, un fuerte rencor ante moriscos, árabes y judíos. Martín no lo había vivido, pero recordaba varias ocasiones en las que su padre despotricaba contra ellos y sus negocios.

—En España hay cosas peores que los judíos —reflexionó Afonso, incluso bajando un poco la voz como si lo dijese para sí mismo.

El portugués sabía muy bien lo que decía, pues su propia familia había tenido que pagar las escrituras del cura de su pueblo para que avalase su limpieza de sangre, requisito indispensable para poder huir de la hambruna de Portugal y establecerse en Madrid. Luego Afonso miró a su amigo y volvió a alzar el tono.

—Además —añadió—, no me negarás que es una felonía humillar de esa manera a un anciano en público, aunque sea de Judea, de Egipto, o de Troya.

—Cierto —reconoció Martín—, pero también es una felonía desangrar a clientes con vilezas de prestamistas usureros. Son más ladrones que Barrabás.

—¿A ti te robaron algo?